

AÑO V
SEMANARIO
NACIONAL
INFANTIL

30 cts.

FLECHAS Y PELAYOS

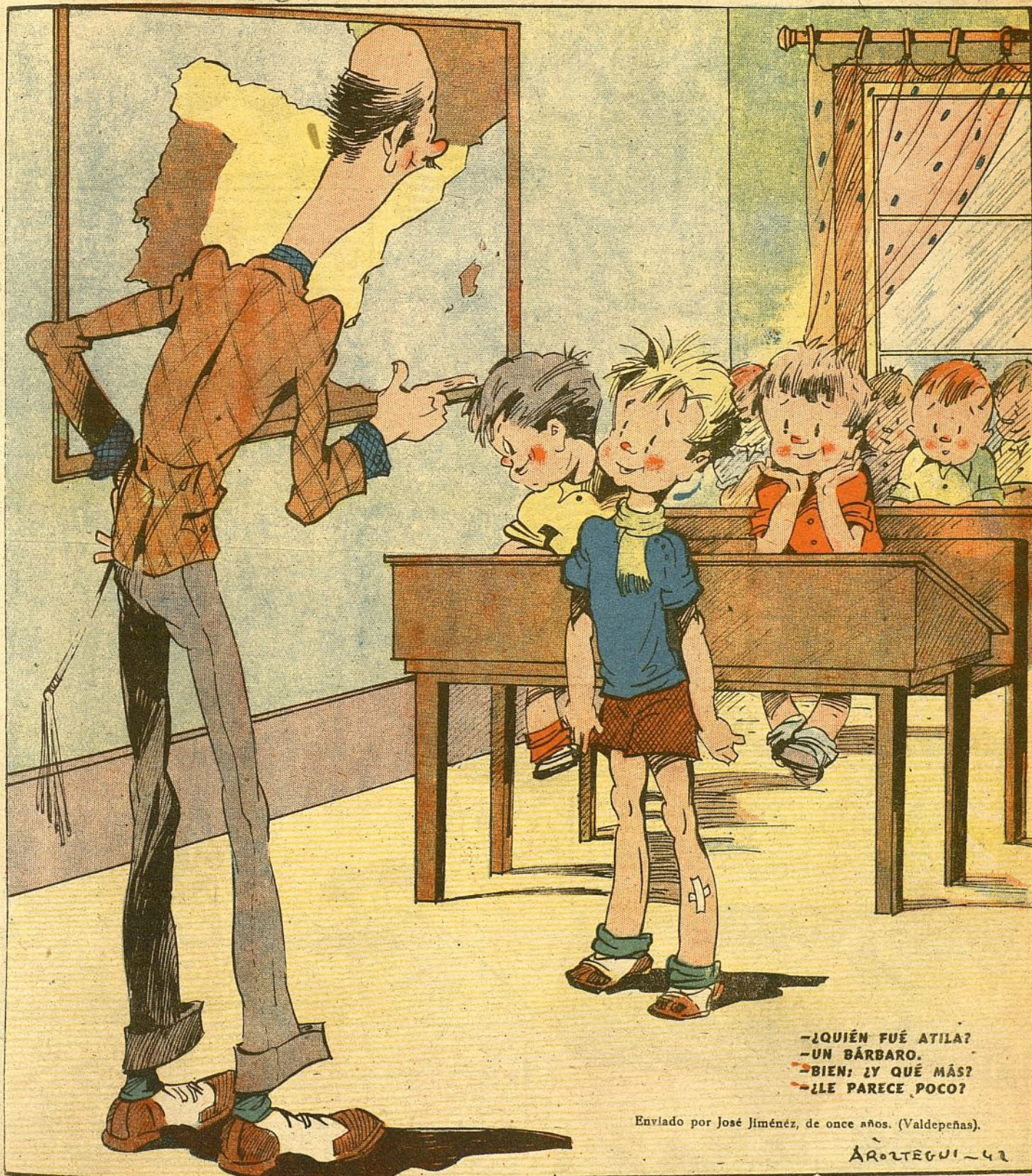
POR EL IMPERIO HACIA DIOS

N.º 183

DIRECCION Y
RED ACCION:
MONTEESQUIN-
ZA, 6 - MADRID
TELÉFONO 41046
APARTADO 213

7 JUNIO
1942

383



-¿QUIÉN FUÉ ATILA?
-UN BÁRBARO.
-BIEN; ¿Y QUÉ MÁS?
-¿LE PARECE POCO?

Enviado por José Jiménez, de once años. (Valdepeñas).

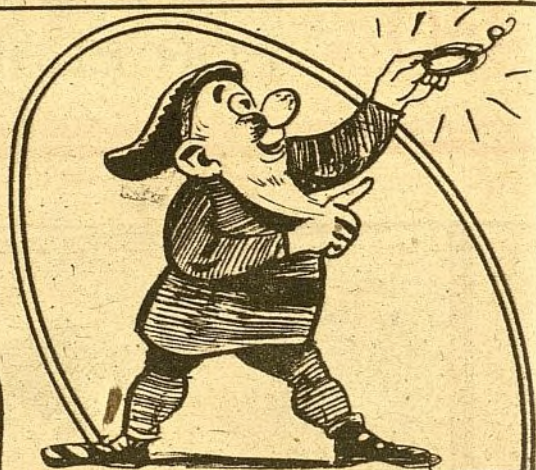
AROTEGUI-42

LOS CINCO ENANITOS

Texto de VALLE.



X.—¡Pues sí que estamos salvados!—gruñó Vinagrete, cuando se quedaron solos. Claro está que la culpa la tenemos nosotros por habernos metido donde no nos llamaban. —¡No te sulfures!—exclamó Pizarrrín. Tengo en mis manos algo maravilloso, que nos hará salir triunfantes de esta aventura. —¡Dírnos lo que es!—habló



Cascabel que ya empezaba a perder su peculiar buen humor. —¡Que lo diga, que lo diga!—gritó Mostacilla. —Acercaos, para que nadie lo oiga y escuchad—continuó Pizarrrín, esperando a que se reunieran a su alrededor. Mientras estábamos en presencia del brujo Malasangre, aprovechándome de que estaban todos distraídos mirándonos cogí esta hebra de pelo de su



barba, y Pizarrrín sacó del bolsillo un pelo larguísimo que había enrollado con cuidado. —¡Bah! Eso y nada todo es igual—declaró Vinagrete. —Nada de eso—atajó Pizarrrín. Yo sé mucho de estas cosas, y puedo garantizaros que con este solo pelo lograremos escapar de esta torre. Acto seguido el enanito explicó a sus oyentes que diciendo unas misteriosas palabras que cierto día le había enseñado una cigüeña a quien curó una pata herida, aquel pelo adquiriría la consistencia de una cuerda y crecería hasta que ellos dijeran basta. La mar de contentos, todos ellos excepto Vinagrete que de muy mal humor se había acostado sobre unas pajas, ayudaron a Pizarrrín

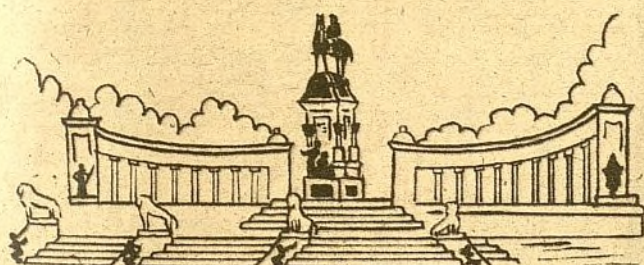
en la extraña prueba y efectivamente, aún no había terminado de decir las palabras misteriosas, cuando el pelo empezó a crecer y engordar hasta adquirir el tamaño de una soga lo suficientemente resistente para aguantar el peso de un hombre. Pirracas, que era el más alto se encaramó sobre los hombros de Pizarrrín y echó fuera de la ventanilla la soga. cuando comprobaron que ésta llegaba hasta el suelo, exclamaron a dúo: —¡Soga encantada basta de largura! —y dejó de alargarse. —¿Qué dices a esto?—preguntó Pizarrrín satisfecho dirigiéndose a su hermano Vinagrete. —Hasta que estemos salvos en casa no quiero contestarte. ¡A lo mejor fracasamos otra vez! Sin perder tiempo, los enanitos se encaramaron a la ventana, deslizándose por la soga encantada. Uno tras otro fueron poniendo pie en tierra, descendiendo por último Pirracas que llevaba cogido a Cacillo. (Continuará).

DOCTRINA ESTILO

ble que exageren, pero hay un hecho indiscutible, y es que el hombre no se descubre solamente en sus palabras, sino también en mil rasgos, gestos, movimientos y actos, que realiza mecánicamente, sin darse cuenta, sin haber puesto en ellos la menor atención, en el modo de andar, de comer, de escribir, de sentarse a la mesa, de subir al tranvía y en otras mil cosas insignificantes.

Alguien me aseguraba que podría descubrir las mentiras de una carta examinando la escritura, pues, según él, las expresiones mentirosas se escriben con timidez y poca firmeza, porque le falta al escribiente el aplomo y la confianza que infunde la verdad.

Pues bien; no olvideis que hay una grafología de la cara, que es más segura todavía. Si una mentira puede transparentarse en la escritura, más aún se transparenta en el rostro, que es el espejo del alma. Jesús dijo que no hay nada oculto que a la larga no sea descubierto. No es que nuestros padres o maestros lo vean todo o lleguen a saberlo todo. Puede suceder que ignoren un acto malo que hayais cometido; pero ese acto malo, esa mentira, esa golosina robada, os saltará a los ojos, os saldrá a la cara, y cualquiera que tenga la costumbre de leer en los semblantes, os podría decir que habeis hecho algo que os humilla. Cada acto malo que realizais, imprime un rasgo desagradable en vuestra persona.



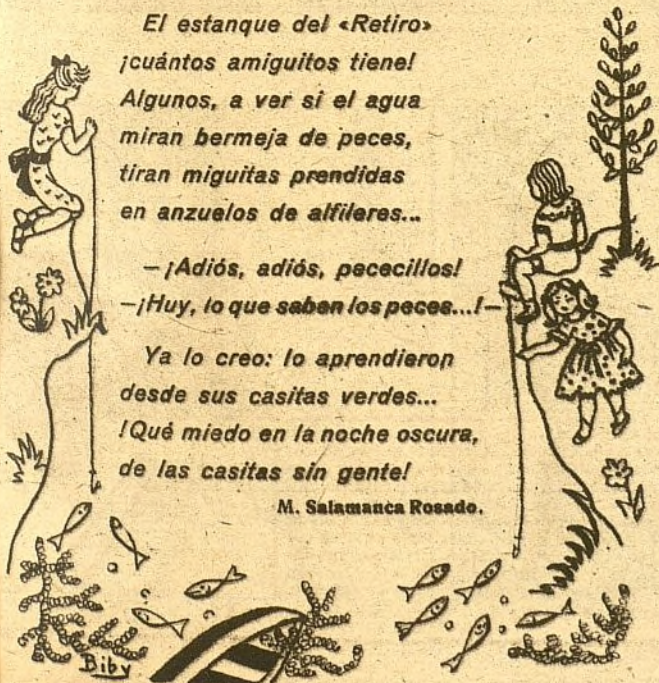
ESCARMENTADOS

El estanque del «Retiro»
¡cuántos amiguitos tiene!
Algunos, a ver si el agua
miran bermeja de peces,
tiran miguitas prendidas
en anzuelos de alfileres...

— ¡Adiós, adiós, pececillos!
— ¡Huy, lo que saben los peces...!

Ya lo creo: lo aprendieron
desde sus casitas verdes...
¡Qué miedo en la noche oscura,
de las casitas sin gente!

M. Salamanca Rosado.



VISITAS CORTAS AL MUSEO DEL PRADO

III.—La Anunciación de Fra Angélico

Estaba la Virgen leyendo en su libro aquel pasaje del Antiguo Testamento, que relata el castigo de nuestros primeros padres.

Era fines de Marzo en una quinta cerca de Florencia, el jardín estaba matizado de flores olorosas, lleno de pajaritos cantarines y el aire traía olores de azucenas.

Una golondrina, vino a posarse en uno de los arcos de la galería y se puso a festejar a la Virgen que arrobada por la sencilla música dejó de leer cruzando sus manos en oración; al mismo tiempo envuelto en oros llegaba San Gabriel, vestido de rosa, como la Auro-

ra, y haciendo una reverencia dijo:

— «Dios te salve María...»

Fra Angélico que estaba en el jardín, ha visto la escena, pero la ha visto con los ojos del alma y ha puesto en la tabla, trozos de Cielo, así las flores del jardín son estrellas y el ángel, ángel, y la Virgen, la más Santa de las Virgenes...

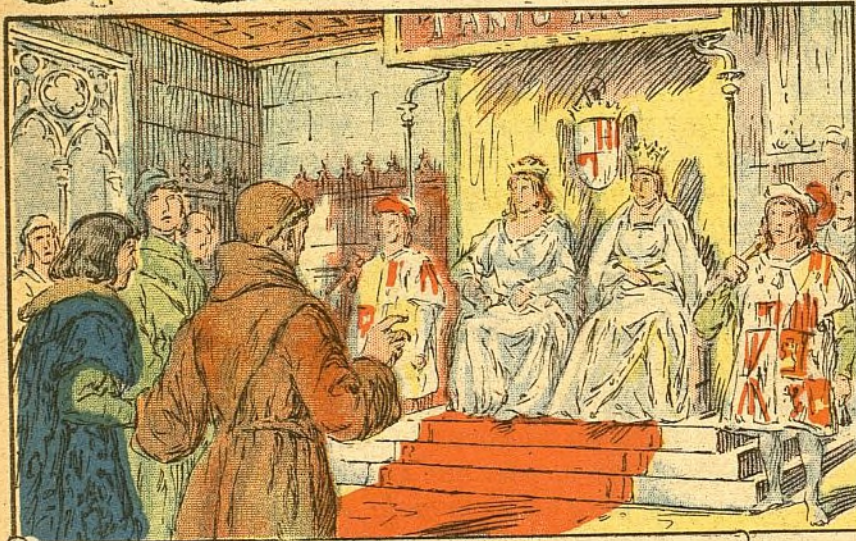
Fra Angélico, (1387-1445) nació en Vicchio (Italia) ingresó muy joven en el convento de Santo Domingo de Fiesole, y dedicado a la oración, pinta a sus Virgenes de rodillas y cuando pinta al Crucificado, llora después amargamente. — Titos.





Gonzalo Jiménez de CISNEROS

"EL GRAN CARDENAL" Por GONZALO MORÍS MARRODAN



En ella pide a los reyes permiso para la reforma de los religiosos: en sus vanas costumbres basara Lutero su campaña; fray Francisco se adelanta a ello y deja en su patria sin razón al protestante. El Papa concede la bula en 1494.



Exhortaba Cisneros al cumplimiento de la regla. Los frailes llamados espirituales aceptaban sin réplica sus órdenes; mas no así los apellidados laxos; los que no tenían verdadera vocación; estos se le opusieron y llegaron a protestar ante el Romano Pontífice y conseguir, en 1496, un «breve» suspendiendo la reforma.



Pero cuando Cisneros se proponía una cosa y ella era por su Dios o su Rey, nada podía oponérsele: encerró a unos, expulsó a otros—como los de Toledo que salieron de sus conventos con cruz aizada y cantando salmos—y al fin la reforma fue hecha.



La Reina; la Corte y la cristiandad le admiró; solemnemente le entregaron la bula pontifical nombrándole Arzobispo de Toledo: Cisneros al leerla devolvióla a la Reina exclamando: —«Esto, señora, no reza conmigo».

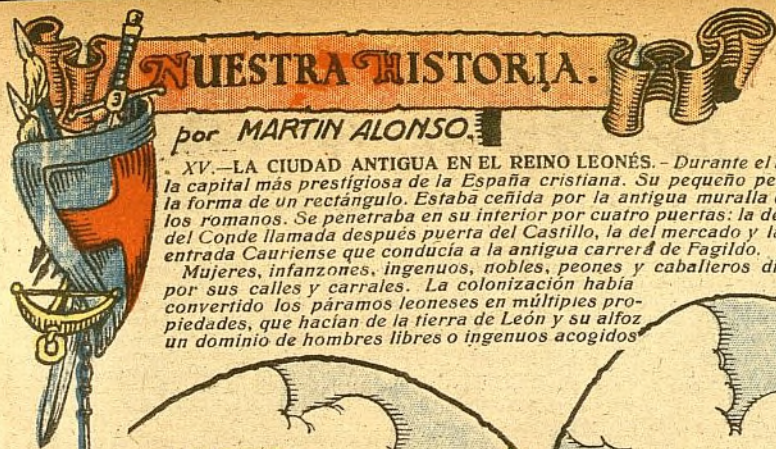


En su borriquito huyó de la Corte a su retiro porque no era el mundo, sino la paz, la meditación, lo que anhelaba su alma.

Una embajada le alcanzó de orden real y le llevó a Palacio. No aceptó el cargo hasta que en 1495 bajo «pena de censuras», obligó a ello el Papa. Se cumplió la profecía. No pudo posesionarse entonces



tuvo que bendecir en Burgos la boda del infante don Juan y la archiduquesa de Austria. Visitó San Pedro de Cardena y haciendo retirar «un gran cobertor de piedra del sepulcro del Cid, besó sus huesos», «grandes más que del mayor caballero que en estos tiempos hay».



por MARTÍN ALONSO.

XV.—LA CIUDAD ANTIGUA EN EL REINO LEONÉS. — Durante el siglo X León fue la capital más prestigiosa de la España cristiana. Su pequeño perímetro tenía la forma de un rectángulo. Estaba ceñida por la antigua muralla que edificaron los romanos. Se penetraba en su interior por cuatro puertas: la del Obispo, la del Conde llamada después puerta del Castillo, la del mercado y la famosa entrada Cauriense que conducía a la antigua carrera de Fagildo.

Mujeres, infanzones, ingenuos, nobles, peones y caballeros discurrían por sus calles y carrales. La colonización había convertido los páramos leoneses en múltiples propiedades, que hacían de la tierra de León y su alfoz un dominio de hombres libres o ingenuos acogidos



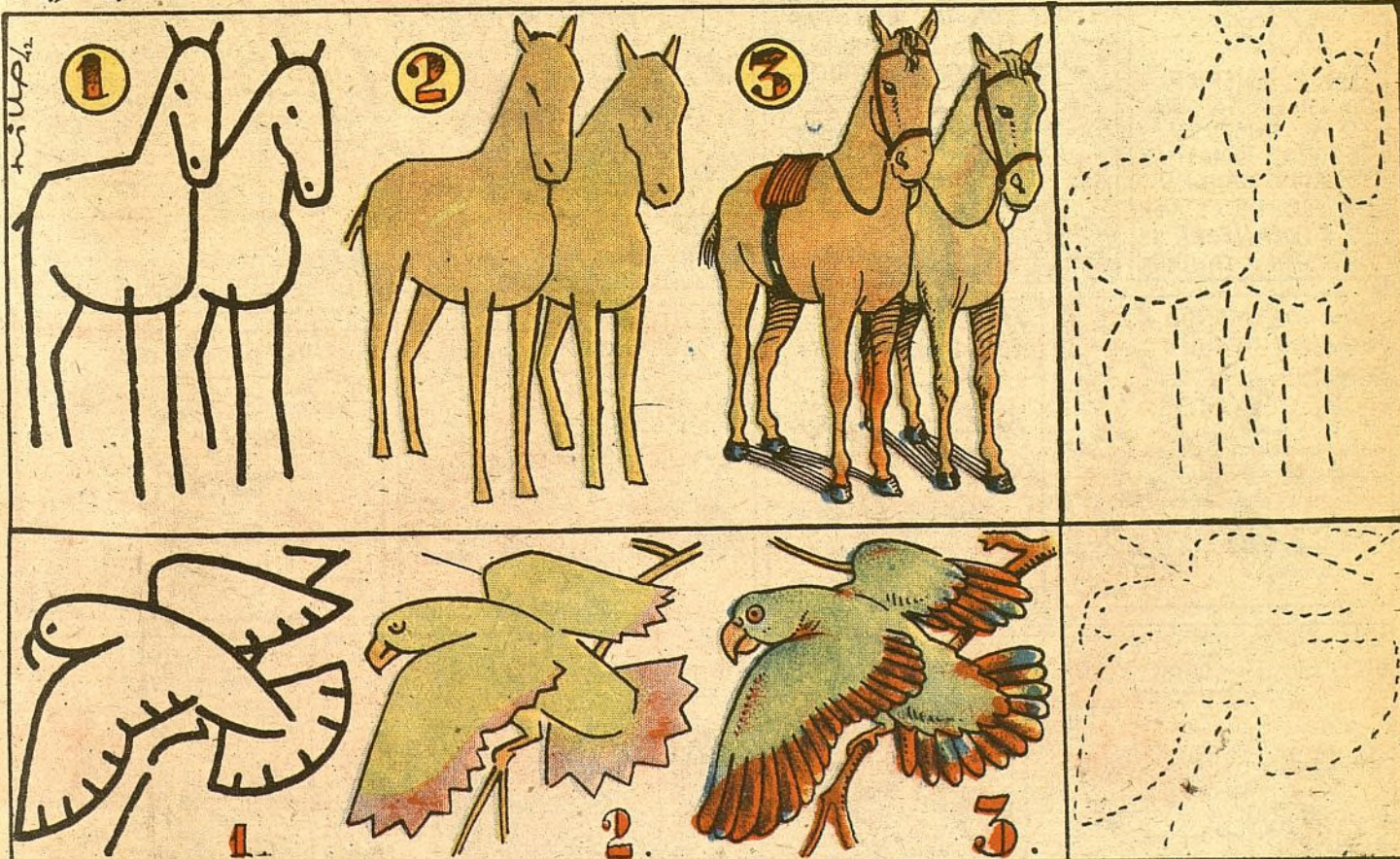
muchas veces a la benefactoria de un patrono. Existían en las propiedades los juniors tributarios, siervos de la gleba y criados domésticos en las cortes de los ricos leoneses. El Conde gobernaba la ciudad asistido por el merino y el sayón. La Asamblea general de vecinos se reunía bajo la presidencia del Conde para hacer justicia, fijar las medidas de los pesos, el precio de los jornales, la tasa de las mercancías, para confirmar los contratos y testamentos y para elegir los zabazques o jueces de mercado.

Mística, guerrera y hacendosa, León dividía sus horas entre el rezo, el campo, el amor y la guerra.

Los laicos empuñaban las armas para luchar contra los infieles o el arado para labrar la tierra. Los monjes manejaban también la azada para cavar sus huertos y la pluma para copiar la Historia Sagrada o los célebres escritos de los Santos Padres de la Iglesia, las obras escogidas de los griegos o latinos y los libros litúrgicos. Ciudad cortesana, marcial, bulliciosa en visperas de fonsado o de guerra, silenciosa y recogida en días de paz.



DIBUJO INFANTIL



Dibuja el esquema primero, sin apretar el lápiz. Sobre él encaja el segundo, también sin apretar. Así te será fácil hacer el tercer dibujo sobre los anteriores. Ahora va con trazo fuerte. Realiza el trabajo sobre los recuadros ligeramente señalados.

EL PADRE VILLALOBOS

Del biberón a la FAMA

«El pueblo arde en fiestas», según frase del boticario, animador máximo de las de este lugar de Castilla «de cuyo nombre no quiero acordarme». Entre el ingenio y alegre aturdimiento de chicos y grandes y marcar el airoso el paso de mi pasadoble torero, vamos camino de la iglesia a saborear el número más interesante y sugestivo de cuantos integran el variado y pintoresco programa de festejos: predica el Padre Villalobos. Hienos ya en el templo, aprisionado el cuerpo entre la multitud ansiosa y el espíritu prendido en el mágico hechizo de este genial orador sagrado. La sublime sencillez de su maravillosa palabra presta sonido y calor a un torrente de ideas, que en bellísimas imágenes y parábolas cautivan el ánimo del auditorio hasta hacerle perder la noción del tiempo y el espacio. «No se oye el vuelo de una mosca», asegura en voz baja el susodicho boticario, «ni cabe un alfiler en la iglesia», nos afirma luego en un alarde de facultades visuales y de ventrilocuo. De pronto se oye un potente «viva el predicador!». Es que éste ha terminado su hermosa oración y un mozo no ha podido sujetar la emoción contenida y le da suelta por la válvula de este «viva! que hace sonreír lleno de orgullo a nuestro amigo el boticario. Y he aquí, amiguitos, que esta graciosa anécdota nos sugiere rápidamente la idea del «biberón» del reverendo Padre Villalobos. Porque como ya llevamos por adelantado la contestación a una pregunta.... Y guiados siempre por nuestro boticario ilustre e ilustrado, llegamos a presencia de la «víctima». Nos acoge el Padre con una simpatía casi tan grande como su estatura y damos comienzo rápidamente a nuestro diálogo. Este tiene lugar en un apartado corredor, lleno de luz y de silencio, sin más testigos que el azul del cielo y el vuelo fugaz de oscuras golondrinas. El boticario se había marchado a comer.

—¿Quiere decirme dónde y cuándo nació?
—Nací en Villalobos (Zamora) el año 1906. Y de allí tomé el nombre, según es costumbre en nuestra Orden, pues el mío en el mundo fue Plácido Navas Alonso.
—Convencido, Padre. ¿Sería usted tan amable que me dijera si recuerda cuáles fueron sus primeras aficiones?
—Desde pequeño sentí afición por la oratoria. A los cuatro años ya sabía leer y declamar, a mi manera. Y como mi familia (una familia sencilla de labradores) me había dado, como era tradicional en ella, una esmerada educación cristiana, y como además yo era monaguillo, no es de extrañar que mis dotes de orador se resolviesen en unos sermones muy graciosos que «echaba» a mis amiguitos. También trabajaba siempre que hacíamos teatro, interpretando el papel principal. Recuerdo «El cabo Naval» y «El médico a palos» como las obras en que más éxito alcancé.
—Muy bien. ¿Quiere decirme ahora cómo empezó su carrera religiosa?
—A los once años me quedé huérfano. Un verano mellevaron al campo a atropiar la siega, o sea hacer gavillas. Pero Dios no me llamaba por aquel camino, pues más tarde, y con

ocasión de unas misiones que dieron en el pueblo los Padres Capuchinos, me di perfecta cuenta de mi vocación, y a los trece años ingresaba en el colegio de El Pardo, donde estudié Humanidades. De allí pasé a Bilbao, haciendo el Noviciado a los quince años y Filosofía a los diecinueve. A los veinte marché a la Universidad Gregoriana de Roma, para doctorarme en Teología, y allí permanecí hasta el año 1931. El año anterior me ordenaron de sacerdote en la Basílica de Letrán. A mi regreso a España fui destinado, como profesor, al Colegio Máximo de Teología, de León. Desde entonces me dediqué a la oratoria sagrada.

—¿Cuántos sermones calcula usted que pronuncia al cabo del año?
—Unos doscientos.
—¿Qué auditorios son más difíciles para usted, estos de los pueblos o los más instruidos de las grandes ciudades?

—Los de los pueblos. Cuanto más sencillo es el auditorio más difícil es hablarle, aunque su predisposición sea, como es siempre, espléndida. Y como compensación a esta mayor dificultad, se da su mayor entusiasmo. Este «viva el predicador!» de mi terminación de hoy, es bastante frecuente en mis sermones por provincias.

—Y además ha tenido la virtud de contestar a una de mis preguntas de rigor, la referente a alguna anécdota de su vida de orador. Por ello salto a esta otra. ¿Le gustaría volver a ser niño?

—Mucho me gustaría. Claro que tal vez mis sermones infantiles no fueran lo mismo que los que «echaba» a mis amiguitos.

—Yo también lo sospecho. ¿Me quiere decir ahora qué le agradaría ser de no ser lo que es?

—Pintor. Amo el arte en todas sus manifestaciones. Pero la pintura ocupa lugar preferente en mis gestos, tal vez por mi carencia absoluta y total para su ejercicio. Yo sé música, toco el armonium desde los «siete años», soy orador, puedo escribir.... pero pintar ¡nadai! ¡Cero!

—Convencido, Padre. Y ya voy a terminar. ¿Le gustan las lecturas infantiles?

—Mucho. Y creo que las revistas de esta índole están bien enfocadas en el sentido de su expresión gráfica, pues así como «la Fe entra por los sentidos», la lectura infantil ha de entrar por los ojos con alegres viñetas, con colorines, que llenan las páginas de los periodiquitos para niños.

—Convencido, Padre. Y ya está esto terminado. Que Dios le pague la bondad de sus preciosas palabras.

Y nos despedimos del reverendo Padre Villalobos, la contrafigura de Fray Gerundio de Campaza, dejando el limpio corredor en cuyas blancas paredes resuenan aún sus palabras, bajo el azul de cielo surcado por oscuras golondrinas. Y nos marchamos a tomar café con nuestro amigo el boticario, que ya está vestido de torero.

Duendecillo



EL TESORO DEL VOLCAN INFERNAL



XIX

EN EL INTERIOR DE LA GRUTA, JUNTO AL INMENSO TESORO, TOMASÍN, EL COJO, GANCHO DE HIERRO, EL "TUERTO" Y "BOCANEGRA", SE APRESTAN A LA LUCHA.

NOSOTROS SOMOS MAS QUE ELLOS: CON UN BUEN PAR DE TIROS, TODO ARREGLADO.

¿DE ESTA SI QUE NO TE ESCAPAS, TOMASÍN! ¿TE RINDES?

¿RENDIRME YO? ¡AHORA VERÉIS, RENACUAJOS COMO SE RINDE TOMASÍN PICO-PLANO!

AQUÍ OS MANDO ESTE PEQUEÑO REGALO

¡PUES AHORA VEREMOS QUIÉN GANA!

¡UF! ME HAN ROTADO EL AMETRALLADOR.

¡AH, PILLOS GRANUJAS! LA LUCHA ES SOSTENIDA A TIRO DE PISTOLA

LOS BANDIDOS, FURIOSOS, SE LANZAN SOBRE ELLOS...

... PERO TOMASÍN Y EL COJO SE AGACHAN Y LOS TRES PIRATAS CAEN

... SOBRE, UN TORRENTE SUBTERRANEO QUE LOS ARRASTRA VELOZMENTE.

¡HEMOS VENCIDO! ¡AHORA NOS LLEVAREMOS EL TESORO



¡No le pegue usted!

(CUENTO)

Yo iba andando por la calle cuando el ruego de una voz de persona muy joven me hizo poner atención en un hecho. —¡No le pegue usted! ¡No le pegue usted!— Suplicaba una niña a un hombre vestido de paleta que golpeaba a una mula con palos y puntapiés. Con sus bótazas le daba patadas en el hocico, y con un grueso palo le pinchaba la tripa. El animal, por toda queja del fuerte dolor que aguantaba, movía las orejas, y miraba al carretero fijamente. —Es más bestia él que no es bestia que la bestia— dijo la niña en voz muy baja, y en voz alta, repitió más veces el ¡no le pegue usted! Ya con lágrimas en los ojos, parecía que era a ella a quien golpeaban. —¡Venga, pe-



queña! ¿Tú qué sabes por qué le pego? le pego por idiota y por vaga. ¡Arre bilicho! ¡Calamidad! Que me has perdido una herradura.... ¡Arre! ¡Arre, idiota! —¿Qué es idiota la mula? Con esa cara de lista que tiene.... ¿Y que es vaga? Y la veo yo todos los días cargada de ladrillos o de tierra, de sacos o de tablones. ¡No la insulte usted! —¡Alza, «so paval» ¡pas! ¡pas! Y ahora era el látigo el que se posaba con fuerza en las espaldas del animal. —¡Uy, señor, con ese genio y esos modales poco va a adelantar usted! El carretero no hizo caso ni supo oír las palabras de la niña, y cansado de su deseo de que el animal se levantara, se entró en una tienda de vinos—no sé si a tomarse un vaso o a llamar por teléfono.— Yo seguí mirando el suceso. El animal estaba tumbado sobre el suelo, clavándose los adosquines en su cuerpo, sobre sus lomos tenía algunos ladrillos, caídos del carro volcado hacia ella. Respiraba con violencia. —¡Ay qué daño se estará haciendo en las patas, las tiene retorcidísimas!— dijo la niña hablando sola. De pronto, se acercó a la mula, y habló: —¡Levántate guapa! Y con mucho miedo, le hizo una caricia en las orejas. La mulita miró a la niña con sus ojos tristes y haciendo un gran esfuerzo rápidamente se levantó. La pequeña corrió a la taberna. —¡Señor! ¡Señor carretero! Ya tiene usted la mula lista. —¡Anda esta chica...! Y al ver que era cierto, miró a la pequeña y

en vez de darle las gracias, la obsequió con una risa y una palmadita en la espalda. —¡Arre, Genoveva! Y la mulita trotó rápida y feliz. —¡Soo! ¡no vueles! Y la mulita corría menos. —¡Soo! ¡frena...! Y la mulita paró en la obra. Todo lo observó la niña. —«Mia» que es lista la mula, para eso decía el señor carretero que era idiota, con lo inteligente y obediente que es, y eso que no ha tenido padres que la enseñen a obedecer, a trabajar, a sufrir resignada, todo sale de ella... será gratitud por el poco de paja que se come a las dos de la tarde. Todo esto iba pensando la niña— en voz alta—mientras andaba el camino que separaba su casa del colegio. En una esquina, el burro de un carro pequeño tenía la cabeza metida hasta las orejas en un saco.

—¿Qué le pasa?—preguntó la simpática preguntona a un muchacho. —Nada le pasa, que le estoy dando la comida. La niña le miró un instante y dijo: —El burro se creará que es la cena. —¿Por qué dices eso, guapa?— le pregunté yo metiendo baza. —Porque... como tiene ahí los ojos metidos dentro del saco y lo verá todo oscuro se creará que es de noche y se pensará que está cenando. A mí me hizo un poco de gracia la ocurrencia de la desconocida peque, como lo que momentos antes pasó con la pobre mula. Por coincidencia seguimos el camino juntas.

—¿Cómo te llamas? —... Tengo un nombre muy feo... —Bueno, pero en compensación tienes una cara muy bonita. La peque se echó a reír, y riendo me respondió: —Me llamo Leonor. —No es feo, ni mucho menos. La niña,



castañita clara, de ojos claros, era muy bonita—¡claro!—además, como no era vergonzosa ni tenía esa timidez tonta que tienen algunas niñas, resultaba muy simpática tanto que me dice, sacando de entre sus libros, una revista infantil: —¿Lees tú *Maravillas*? —¿Que si leo *Maravillas*? ¡Más que tú! —¿Más que yo? Yo lo leo en cuanto sale. —Pues yo antes de que salga. —¡Qué gracia! No me río de que tú seas lectora de esto, porque yo cuando tenga tu edad, seguramente seguiré leyendo *Maravillas*. —Me parece muy bien. —¡Buenos días! ya llegué a mi colegio, a donde usted sin querer me acompañó. —¡Ah! Adiós, guapa, que sigas queriendo a las inteligentes mulas y a los simpáticos burritos. —Adiós. Y riéndose, entró en su colegio tan contenta, mostrando orgullosa, la palmada que el carretero le dió en la espalda, dejando de huella cinco dedos de yeso.

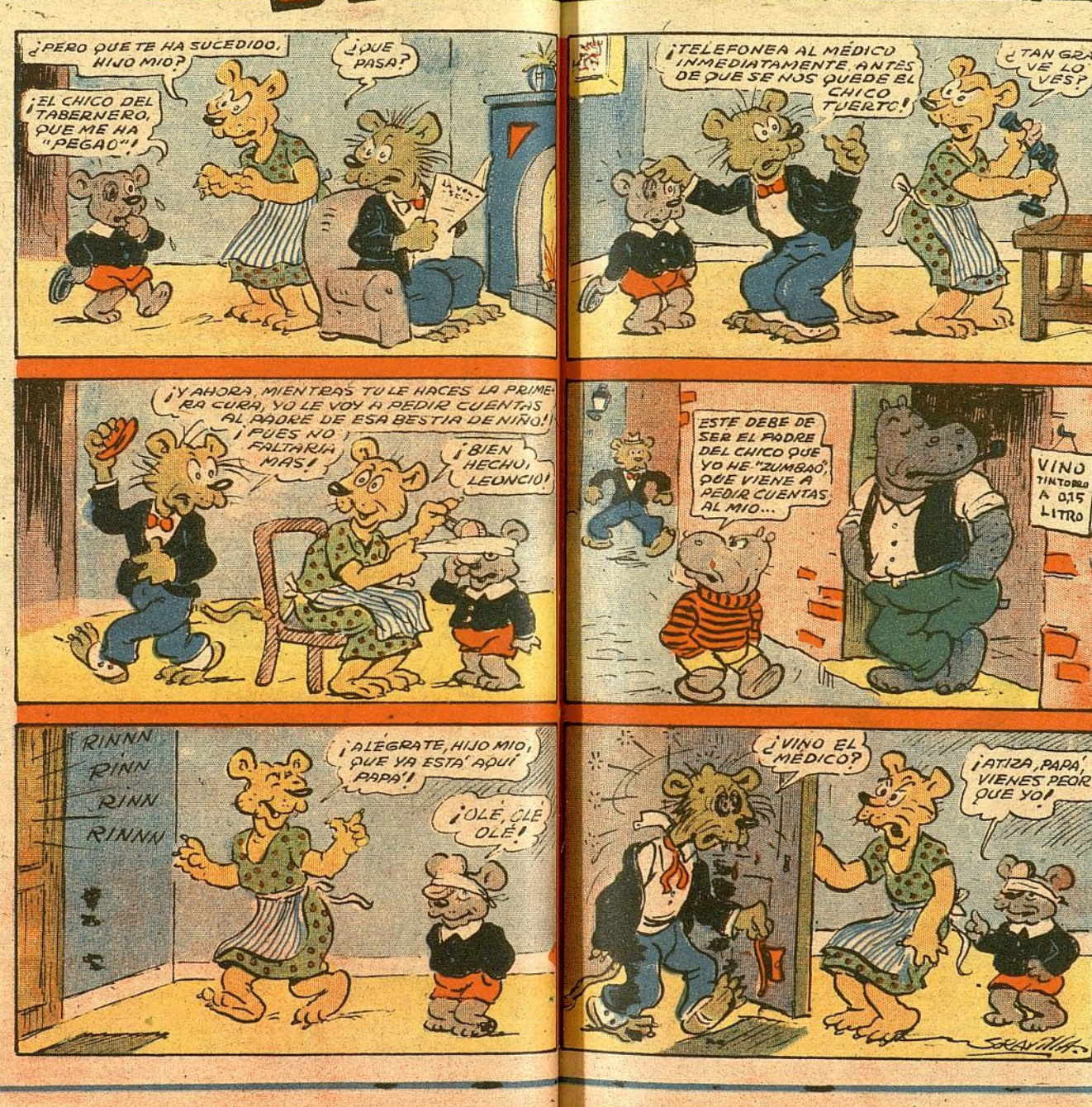


Gloria Fuertes

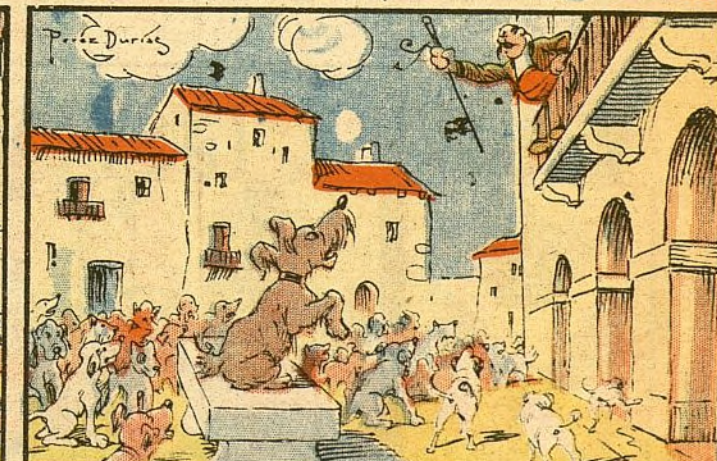
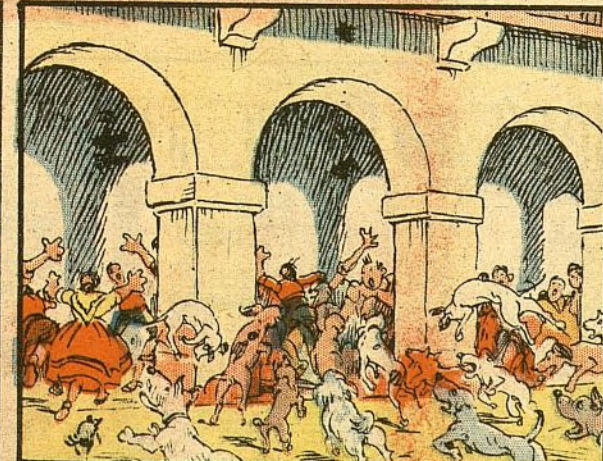
¡¡ATENCIÓN, ATENCIÓN!!... AQUÍ, CATAPÚN CHINCHÓN



ESCENAS de BESTIAPOLIS



EL GANGSTER PAT O'SHO



Un clamor confuso le interrumpió, y prestando atención distinguió un coro de ladridos y gritos con acompañamiento de carreras y portazos. — ¿Lo está usted viendo? — dijo apremiante el alguacil. — Yo no veo nada, oigo nada más... Pero vamos allá a ver qué pasa. Casimiro ayudó a vestirse a don Ramón y juntos bajaron a la calle, dando un rodeo por calles estrechas y apartadas llegaron al Ayuntamiento por la parte de atrás. Entraron, subieron al

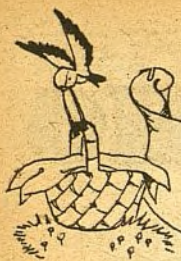
salón que daba a la plaza, y miraron por los cristales del balcón. El mar de perros se precipitaba en terribles oleadas contra los pilares de la plaza, tras los que se cobijaban los vecinos atemorizados. Al ver don Ramón la paz y la tranquilidad de la villa turbadas de aquella manera se

indignó y como un ángel venido para en el aire. — «Fuera perros! ¡Largo de aquí! La plaza no puede ser así, los perros no abandonaban sus posiciones. — ¿No habéis

de sí. Entonces aquel perro estrafalario encarándose desde el banco de la plaza con la primera autoridad dijo: «Señor alcalde, pido la palabra». — «Concedida — dijo este — pero solo para unos minutos (No puedo yo echar la mañana a perros». — «Procuraré ser breve» — accedió el perrillo. Tosió luego y con voz de orador barato empezó a decir:

«El gremio de perros de esta noble villa ha seguido con entusiasmo las reformas que en bien del progreso de la misma viene realizando nuestro digno alcalde. Con la natural satisfacción hemos visto cómo aquellos chiquillos que no tenían más ocupación que hacernos blanco de sus pedradas...»

(Continuará).



caperucita azul



En el mismo lugar donde el Cisne encantado se hallara antes, una pradera esmaltada de flores les cerró el paso y en medio de la pradera y en los brazos un manojo de lindas rosas, había un joven arrogante y apuesto. Este hincó una rodilla en tierra ante Caperucita y dijo dulcemente:

—El príncipe-cisne te saluda.

—¡Oh, príncipe! ¿Tú eres aquel Cisne que me sirvió de barca?

—El mismo, linda niña. Tú has sido la heroína que ha roto mi encanto. Por eso permite que te acompañe y te diga: Ven a vivir a mi reino.

—¡Oh! —dijo Caperucita tremolante—yo bien quisiera vivir en un palacio, pero ¿y mis padres y mi hermanito?

—Los padres son ante todo y sobre todo en el corazón —dijo el Lobo atusándose los bigotes.

—¿Cuándo les veré?—cantó Caperucita.

Don Lobo—dijo el príncipe — mucho honor en saludarle. Ha respetado usted la carne de Caperucita y soy su aliado.

— Gracias, príncipe. Reconócame por un Lobo servidor.

Llevaba el príncipe en la cabeza un gorro de terciopelo verde, con tres rizadas plumas blancas, que al son de la brisa se columpiaban como leves mariposas. Calzaba chapines de plata; botones de oro en la pechera y dos fulgurantes estrellas en los ojos. Su paso era firme y valiente su ademán. De pronto gritó:

—Si no me engaño, ahí se encuentra un hombre tendido en tierra.

—Es el Ogro de la pluma verde—dijo el Lobo.

Caperucita sacó de entre su cestillo la pluma que el Ogro le regalara y la enseñó triunfal a sus acompañantes. Estaba don Ogro como muerto. A su lado lloraba la Raposa cocinera: Sartenes, tenedores y asador, le daban escolta. Un enorme rótulo decía: «Caperucita Azul me ha matado. Ya no comeré más niños a la parrilla. Se venden a pública subasta, cocina y utensilios culinarios.

Brincando piruetas venían los enanos. Con sacos de oro; con carritos de perlas y esmeraldas.

Caperucita corrió a ellos.

El Lobo no me ha comido. El Lobo ha sido bueno.

—Salve, Caperucita.

—Dios te guarde, don Lobo.

—El sea con nosotros, enanitos.

El jefe de los enanitos gesticulando mucho, gritó:

—Trenzad la danza; la niña lo merece.

Las casaquillas de encaje se hinchaban a la brisa; los zapatillos

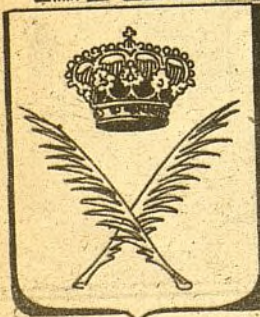
de raso, como estuches de joyas y los cascabeles de las caperuzas, decían: «tin, tin, tin, tin».

Caperucita Azul niña española; Caperucita Azul.

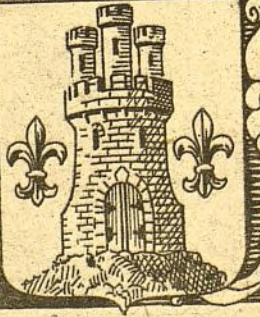
Josetina Bofinaga



PARTE E HISTORIA ESCUDOS ESPAÑOLES



BELIANES.—Villa de la provincia de Lérida.



PEÑÍSCOLA.—Villa de la provincia de Castellón de la Plana.



ALMENDRALEJO.—Ciudad de la provincia de Badajoz.



ENA.—Lugar de la provincia de Huesca.



CEA.—Villa de la provincia de León

Religión

Su Santidad Pío XII, pide oraciones a los niños

El Papa dispone sus ejércitos para ganar la paz del mundo. Sus soldados son los niños, sus armas, las oraciones. Al lado de las masas guerreras, de las «fortalezas volantes», de los tanques monstruosos, de las bombas con toneladas explosivas... los niños son granitos de arena. Pero esos granitos de arena, empujados por la mano del Vicario de Cristo—que es la mano de Dios—desde las alturas del Vaticano, son como la piedrecita en el sueño del Profeta Daniel que rodó por la montaña y derribó y pulverizó la estatua colosal fabricada con oro y bronce y hierro, tocándola en sus pies de barro. Todo lo humano es barro, porque procede del hombre que está amasado de tierra. En el estruendo de minas, de choques de acero, de derrumbamientos de ciudades, de motores, de bélicos, de rugidos, de blasfemias, de ayes dolorosos... las vocecillas infantiles son como el siseo de los trigales en la tormenta due troncha encinas y resquebraja cielos. Pero esas débiles voces penetran en los oídos del Señor en alas de la inocencia.

Un día navegaba el portugués don Alonso de Alburquerque en medio de una horrible borrasca. Los marineros fracasaban cansados. La nave azotada por el huracán y las olas se hundía sin remedio. Entonces don Alonso tomó en sus brazos un niño de pecho y, levantándole hacia las nubes cargadas de rayos, exclamó: «¡Señor, por este inocente, ten piedad de nosotros!» El mar se encalmó, y brilló radiante el sol y el barco siguió tranquilo su ruta. En esta borrasca de la guerra mundial, el Papa presenta en la patena de sus manos los rezos de la infancia. Quiere que supliquen la ayuda del cielo, y que no les falte a los pobres y hambrientos la necesaria nutrición del alma y el cuerpo, que les sea devuelta la patria a los desterrados, la salud a los heridos y enfermos y la libertad a los prisioneros, y finalmente, una vez sometidas a razón las humanas codicias y rebecho el orden, la justicia



y la caridad hacia Dios sea restaurada en la vida privada y pública la sola paz verdadera—la paz cristiana.

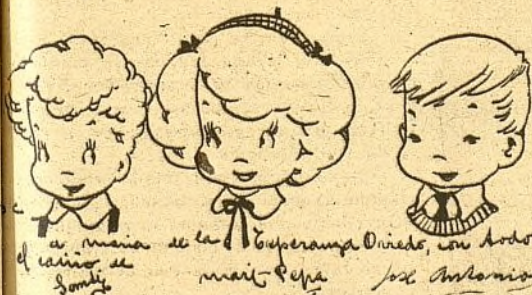
Estos son los vehementes anhelos que Su Santidad pone en la lengua y en el corazón de los niños. Otros inocentes pequeñuelos, que están aterrizados por los bombardeos, que tiemblan de frío y obscuridad en los refugios subterráneos, que vagan a la intemperie derrumbado ya su bogar, que exigen pan a sus madres hambrientas, que lloran la muerte de sus padres caídos en los frentes de batalla... piden también una oración a los niños españoles para que acaben sus desgracias.

Y los niños españoles rezarán con toda su alma con todo su candoroso corazón para que venga al mundo la paz, que una noche lejana—la de Navidad—cantaron los ángeles sobre la cuna del Niño-Dios. El Papa desea que las súplicas de los niños se dirijan a la Santísima Virgen en su mes de mayo. La Reina de las flores escuchará el susurro, aspirará el aroma de esos labios frescos, puros, rojos, intactos, que son capullos de bombres y mujeres.

V. Franco C. M.

¿Qué quieres saber?

Mari-Carmen Caballero, (Córdoba).—Daré tu encargo, «salaiya». En cuanto a las manos, lo mejor es que uses guantes continuamente. El pelo déjate crecer sin darte nada y él solo irá saliendo de su propio color. Si quieres un procedimiento más rápido, tendrás que ir a una peluquería para que te lo decoloren. Eso depende de tu paciencia. Muchos cariñosos besos para ti, Mersé y Mari-Loli.



Maria de la Esperanza Oviedo, (Huelva).—Bien has aprovechado un descuido por el que, equivocadamente, apareció el cupón, pues en realidad mi correspondencia no esperaba todavía al corriente, pero, a pesar de todo, aquí va mi respuesta con nuestra foto dedicada. Doy tu encargo para que te convenzas de lo «suertosa» que eres. Recibe un cariñoso abrazo.

Mari-Luz y Mari-Charl Ponferrada, (Montilla).—Encantada de ser amiga vuestra. Os envío el modelo de traje de invierno, que os servirá para el próximo, me figuro, y además muchos y fuertes abrazos.

Ana María Vila, (Tona).—Encantada de ser amiga tuya. Te envío el modelo de peinado con trenzas, un fuertísimo abrazo y muchos besos.

Mari-Rosa Romaguera, (Murcia).

Ya sabrás por el semanario que estoy en Madrid. Para los caramelos puedes poner vaso y medio de agua para medio kilo de azúcar, disolviéndolo al fuego hasta que esté hecho el almibar bien espeso. Echale el zumo de un limón; luego lo pones

a enfriar, procurando cortarlo en trocitos antes de que se endurezca demasiado. Te envío mi retrato con un abrazo.

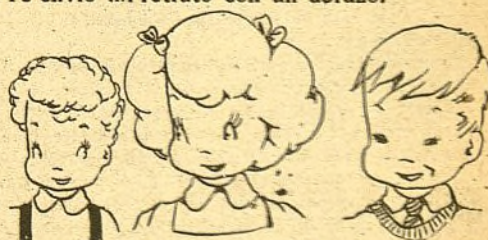
Irene y Angelines Rubio, (Madrid).—Aquí va nuestro retrato. En cuanto a la tinta, lo mejor es meter la parte manchada en leche y dejarla allí un gran rato. Después podeis aclararla con agua. Este procedimiento no estropea la tela en ningún caso. Recibid un par de besotes muy grandes.

José-Maria Corsellas, (San Ramón).—Paso tu dibujo a Colaboración, que es donde debías haberlo mandado; allí te contestarán.

Montserrat Gimeno, (Castelltersol).—Simpática amiguita; supongo que ya te habrás puesto buena o por lo menos te encuentres muy mejorada. Eso que me pides no cabe aquí, pues haría falta mucho sitio; pero en mi libro de «Mari-Pepa en el campo» de la segunda serie, me tienes recortable con vestidos y de tamaño grande, como deseas. Haz un esfuerzo y procura comer aunque no tengas ganas, pensando que de este modo te pondrás antes buena. Yo así lo deseo y te mando un fuerte y cariñosísimo abrazo.

Trini Marcos, (Madrid).—Tus versos muy bonitos; los paso a Colaboración. ¡Lástima que no tengas nada que contarme! Aquí va mi retrato dedicado y como sólo cabe un dibujo, habrá que dejar lo del muñeco para otra vez. Recibe muchos besos.

Correspondencia.—Mari-Carmen Caballero, que vive en Córdoba, calle Santa Isabel, número 7, desea tenerla con niñas de catorce a dieciséis años, de toda España:



a Irene y Angelines Rubio, con todo cariño mari-Pepa Jos. Antonino

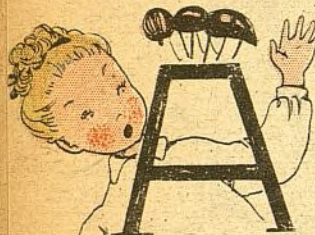


a Trini Marcos con muchos cariños mari-Pepa

Mari-Pepa

CUENTOS DE Mari-Pepa

Rufa



QUELLA mañana, bien temprano, Rufa batía los huevos para la tortilla.

—¿Y a qué hora salís de excursión?—me preguntaba mientras tanto.

—A las ocho en punto tenemos que estar en el colegio—respondí.

—Pues por mí, en seguida tienes la comida preparada—afirmó la cocinera. ¿Qué prefieres de postre, naranjas o plátanos?

—Pues... plátanos y naranjas sí te es igual, Rufina.

—Te he dicho que no me llames Rufina. Mi nombre es Rufa y estoy muy orgullosa de él. ¿Te enteras, Mari-Pepa?

—¡Oh, no te enfades por eso! Y sobre todo en venganza, no vayas a sacar quemada la tortilla.

Durante toda esta charla, yo terminaba de prepararme. A las siete y media Juana se dispuso a acompañarme al colegio, llevando la cestita de la merienda. Ya había allí muchas niñas esperando. Delante de la puerta estaba parado un autobús con grandes calderas en la parte de atrás.

—Es el gasógeno, ¿sabes?—explicaba Armandita a Angelines—con eso no necesita gasolina.

—¡Yo que creí que era la cocina para hacer la comida en el campo!—exclamó la ingenua de Angelines.

—¿Pero es que tú no la traes preparada de casa?—preguntó Armandita.

—Sí, claro. Pensé que era para las profesoras.

—A mí me han puesto una tortilla de jamón imponente—comenzó a presumir Armandita—y merluza rebozada y croquetas de pollo. Además llevo un flan con su molde, galletas y fruta. ¿Y tú qué llevas?

—No me he fijado—respondió Angelines—mamá me lo preparó y ni siquiera se lo he preguntado. Cuando llegue la hora de la comida ya lo veremos.

—Si necesitas algo, puedes pedirme lo que quieras—ofreció Armandita dándose importancia. A mí seguramente me sobrará de todo.

Angelines, como es tan prudente, no se atrevió a contestar como se merecía, a las insolencias de su compañera. Admiré su discreción y le dije por lo bajo:

—Tienes más paciencia que el santo Job. Si me llega a decir a mí esas cosas....

Pero en aquel momento llegaban ya las señoritas Clementina y Eloísa que, junto con Madre Ignacia, debían acompañarnos en la excursión. Pasaron lista y montamos en el coche. Apenas arrancó, y tras una breve oración que dirigió la Madre, comenzaron los cánticos y las risas. Era un claro día de primavera, que nos comunicó a todas la alegría y el buen humor. Ante nuestros ojos pasaban árboles, montes y campos. De vez en cuando un grupo de casas, junto a la carretera, o allá lejos en un altozano. Un río con su puente, un rebaño de ovejas, la vaca pasciendo en el prado....

Mari-Chari propuso que jugásemos al «Arte musical» y que ella haría de directora. Comenzamos a corear las frases que ella cantaba, imitando después sus gestos al tocar los distintos instrumentos: el piano, el violín,



trompeta.... Y al final, muertas de risa y de cansancio, terminamos por quedar inmóviles sobre los asientos de gutapercha. Por fin el autobús se detuvo. Estábamos en las proximidades de un castillo, que la señorita Eloísa quería que visitásemos. Agrupadas a su alrededor escuchamos con interés.

—Esta fortaleza fué construida en el siglo XIV, sobre el emplazamiento de otra más antigua probablemente. Sus altos muros y sus torreones almenados, la hacían casi inexpugnable.

—¿Qué quiere decir inexpugnable?—preguntó Conchita.

—Que no se puede conquistar con las armas—aclaró nuestra profesora. Y prosiguió su explicación histórica. Después de lo cual, quedó decidido que subiríamos hasta un próximo pinar, para sentarnos a la sombra y comer tranquilamente. Cada cual eligió el lugar que le pareció más cómodo, y Armandita, repantigándose sobre un montón de agujas de pino y hojas, exclamó:

—¡Aquí sí que se está bien! ¡Parece un colchón de pluma!

Comenzamos a desatar nuestros paquetes. Angelines, Mari-Chari y yo nos habíamos sentado cerca, sobre un tronco derribado. La curiosidad de Armandita por saber qué habíamos llevado para comer era tan grande, que, dejando sus envoltorios a medio deshacer sobre el montón de hojas, se acercó a nosotras para preguntarnos cuatro tonterías que sirvieran de pretexto.

—¿Se está bien en ese sitio? ¿No resultará muy duro? ¡Huy, qué tortilla más pequeña traes, Angelines! Si quieres te doy dos croquetas....

Angelines se puso colorada hasta las orejas y respondió tímidamente:

—No, gracias; con lo que he traído tengo bastante. No están los tiempos para tirar la comida, pero tampoco pienso quedarme con hambre.

—El estómago es a lo que se acostumbra—replicó Armandita—mi abuelo se comía el solo un cordero.

—¡Qué bruto!—exclamó Mari-Chari sin poderse contener. ¿Y tú crees que eso es un mérito muy grande? Pues cualquier animal de los que hay en las selvas hubiera hecho otro tanto.

Armandita se puso muy enfadada y dijo que la habíamos insultado, por lo cual se alejó de nosotras para comer su espléndida merienda. Pero no bien hubo acabado de sentarse sobre el cómodo montón de hojarasca, se levantó indignada, gritando:

—¡Oh, las hormigas, las hormigas que se lo están comiendo todo!....

Acudimos a ver lo que pasaba. Efectivamente la tortilla famosa, la merluza y las croquetas, hasta el rico flan con su molde, estaban invadidos por miles y miles de insectos que se estaban dando, a costa de Armandita, el gran banquete.

—¡Naturalmente!—exclamó la señorita Clementina examinando el lugar. ¿A quién se le ocurre instalarse sobre un hormiguero? Este montón de agujas de pino es un nido de *formicas rufas*, una especie de hormigas, muy poderosa....

Armandita lloraba con desconsuelo. Angelines, Mari-Chari y yo nos acercamos para decirle:

—No te preocupes, aunque no sea tan magnífica, podemos compartir contigo nuestra merienda.

Y así lo hicimos, deslizándose el resto de la tarde sin incidentes. Al regresar a casa, lo primero que hice fué asomarme a la cocina y decirle a Rufa:

—Oye; ¿sabes lo que he aprendido hoy? Que tienes nombre de

hormiga. Y corrí a mi cuarto para no oír sus improperios.

Mari-Pepa

Maria Clara

...Y SE CREYÓ QUE ERA DON QUIJOTE

POR MANUEL BORRACHERO

(CONTINUACIÓN)

De primer momento Josele creyó que la hormiguita les había engañado y estuvo por volverse hacia atrás desandando lo andado; pero llamó poderosamente su atención una hermosa niña, que en uno de los paseos del parque estaba saltando con su cordel, y apeándose de Torbellino la llamó para informarse de dónde estaba y de si había pasado por allí Tantarantán. Aquella niña era Olguita

Marilín, la única hija de los dueños del palacio, tenía siete años, y era una niña fina y rubita, de ojos muy vivos, y parlanchina como ella

Paquín se acercó a Olguita antes que pudiera contestar Josele y poniéndose de rodillas delante de ella, le cogió la mano y dijo:

—Yo soy Sancho Panza, el escudero de mi señor Don Quijote, que está dispuesto a servirte en cuerpo y alma.

Olguita que no entendía ninguna de aquellas cosas, se soltó de la mano de Paquín y después de decirles «estais tontos», echó a correr en dirección al palacio.

Josele sufrió una gran contrariedad entre la inesperada huida de Olguita y se quedó muy corrido al sentir el desdén con que la bella niña lo había tratado.

La Abeja Sabia, que había contemplado la escena en silencio, le dijo a Josele:

—No se preocupe, mi señor, las damas de los pensamientos de los caballeros andantes siempre fueron desdénosas con sus enamorados. Y para mí, que hemos encontrado a Dulcinea.

—Paquín, avisa a Torbellino. Hay que salir inmediatamente en busca de Tantarantán.

La Abeja Sabia cumplió la orden, y un cuarto de hora más tarde nuestros cuatro personajes estaban reunidos en el corral que daba al campo.

Desde aquel día, famoso en la Historia de la Humanidad, en que salió Don Quijote de la Mancha de aquel lugar, de cuyo nombre Cervantes no quiso acordarse, no había alumbrado el sol una escena más gallarda, que aquella en que Josele a lomos de Torbellino, con Paquín a su lado, y la Abeja Sabia posada en el borde del ala izquierda de su salacof, rompió marcha por el camino que conducía a la ciudad siguiendo las huellas de Tantarantán.

Josele llevaba el pecho henchido de gozo, y el ánimo dispuesto a vencer las mayores dificultades que pudieran presentarsele.

Paquín iba un poco remolón por aquello de tener que ir a pie, pero iba contento pegado al costado de Torbellino, pensando que en cuanto encontrasen a Tantarantán, él iría más cómodo y sobre más blando asiento que Josele.

(Continuará.)

sola. Cuando Josele la vió acercarse, dijo a la Abeja Sabia:

—Quítate del salacof que voy a descubrirme.

Y la Abeja voló hasta posarse en la punta de la oreja de Torbellino.

Entonces Josele se descubrió y adoptando la más gallarda postura de todas en cuantas había visto retratado a Don Quijote en las láminas de su libro, preguntó a la niña:

—¿Quieres decirme, dueña y señora mía, en qué bello rincón de la tierra tiene vuestra belleza su aposento?

Olguita miró con extrañeza a nuestro pequeño caballero andante y rápida y asombrada le preguntó:

—Y tú, ¿quién eres?

—Yo soy—contestó muy serio Josele—Don Quijote de la Mancha, el más famoso caballero andante que han conocido los pasados siglos y que puedan conocer los venideros.

—¿Y ése?—replicó señalando a Paquín.

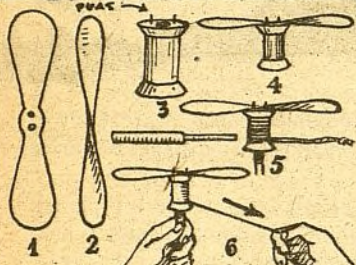




Mesa Revue

LOGOGRIFO

123456789—Mujer de un cortijo.
13545193—Murmurar.
9847359—Vena.
189473—Oficio del volcán.
19849—Misiva.
6249—Letra.
479—Para encender la lumbre.
17—Letra.
1—Consonante. M.



El helicóptero es un aparato muy sencillo y entretenido. Explicaremos cómo se hace. Se coge un trozo de hoja de lata y se recorta una hélice de la forma que indica el dibujo 1, a un largo de 10 a 12 centímetros. Luego se tuerce en la forma que indica la (figura número 2). En un carrete de los de hilo, se clavan dos puntas pequeñas, cortando las cabezas, de forma que sólo salgan las púas un par de milímetros (figura 3). A estas púas se sujeta la hélice (figura 4) al carrete, se envuelve una cuerda del largo conveniente, metiendo el carrete en un palo hecho a propósito (figura 5), quedando según indica la (figura 6). Se coge el extremo de la cuerda, se tira con fuerza y la hélice sale disparada por los aires, alcanzando gran altura.

TRIANGULO

000 00 000 00
00 00 00
000 00
00

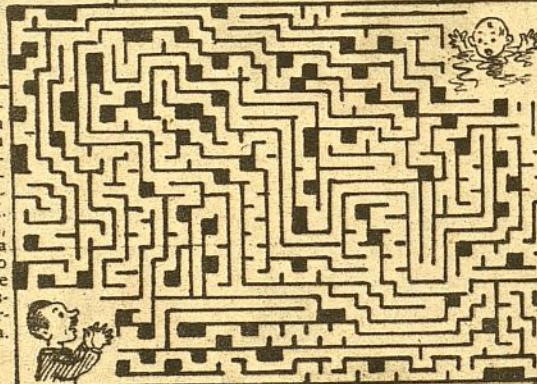
Cambiad las sílabas por letras y podreis leer horizontal y verticalmente: 1. Cierre metálico. 2. Soldado de mar. 3. Cuando no cabe más. 4. Grito deportivo. M.



—Nunca te he visto con gafas negras...
—¿Qué tienes en los ojos?
—Las gafas.



Todos los instrumentos de cuerda tienen su origen en el Relec, instrumento que conocieron los árabes en el siglo VIII. Como es natural, exceptuamos la campana, que no me negareis que también es un instrumento de cuerda.



El niño que está arriba pide auxilio porque se está ahogando. ¿Qué camino seguirá el que está abajo para salvarle?

TARJETA

Luis Bloc

Pueblo de Zamora. M.



En 1881, al construir la línea de ferrocarril de Mandalay (Birmania) se descubrió casualmente la estatua más grande del mundo. Esta estatua es El gran Buda de Pegu. Está tallada en una gran roca y mide 55 metros de longitud por catorce y medio de altura. Su historia es desconocida, pero se supone que tenga 500 años de existencia.



Copiad este dibujo de un sólo trazo y sin levantar el lápiz del papel.



—¿Cómo se llama usted?
—Segundo Diez Alcalá.
—¿Dónde vive?
—En viceversa.
—¿Cómo?
—Sí, señor. En Alcalá, diez, segundo.

ROMPECABEZAS

Tem, Haz, Vie, Res, Vi, No, Si, Pra, No, Quie, Te, Sa, Vir, Jo.

Combinad estas sílabas y leereis un bonito «refrán».

Las indígenas de ciertas regiones de la República del Ecuador, usan sombreros que utilizan a la vez como cochecitos—cunas de sus hijos.

JEROGLIFICO

Artículo

100 nota nota

¿Qué aprendes?

M.



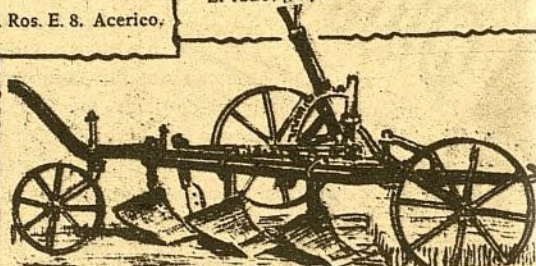
SOLUCIONES AL NUMERO ANTERIOR

AL LOGOGRIFO: Pelotarías.
AL JEROGLIFICO: Premiado.
A LA TARJETA: Torremenga.
AL ROMBO: F. Feo. Feria. Oír. A.
AL TRIANGULO: Velocidad. Loreto. Cito. Dad.
AL ROMPECABEZAS: El que regala bien vende, si el que recibe lo entiende.
AL JUEGO DE PALABRAS: Galapagar.
AL CRUCIGRAMA (horizontales): 1. Camareras. 2. R. E. Oca. 3. I. S. Sel. 4. S. Re. 5. T. Ir. 6. Ol. Eco. 7. Be. Os. 8. A. A. 9. L. S.
(Verticales): 1. Cristóbal. 2. A. Le. 3. Mes. 4. A. 5. R. 6. E. 7. Ros. E. 8. Acerico. 9. Salerosas.

JUEGO DE PALABRAS

For Casas

●●●● Parte de un árbol.
+
●●●● Nudo de cintas.
El todo, golpe.



El arado polísurco «Vulcano» de gran aplicación para sembrar, cubrir abono, descortezar, levantar rastrojo, etc. En algunas regiones en que no es necesario obtener mucha profundidad, se utilizan también para labrar la tierra. La construcción de este aparato ha sido estudiada cuidadosamente, teniendo en cuenta las condiciones especiales de nuestros cultivos, para darle la máxima estabilidad. La curvatura especial de las vertederas permite que éstas entren siempre en la tierra a la profundidad deseada. Y las dos ruedas delanteras se manejan con una sola palanca; para poder principal el trabajo hay que elevar la rueda de transporte.

CRUCIGRAMA

por M. A.

Horizontales: 1. Cordillera de España. 2. Relaciones de sucesos por año. 3. Principal alimento. Consonante. 4. Reflejo de la voz, en ciertos lugares. Vocal. 5. Nota musical Consonante. 6. Terminación verbal. Vocal. 7. Artículo en plural Pueblo de Guipúzcoa. 8. Consonante. Consonante. Del verbo tener. 9. Mujer de Asturias.
Verticales: 1. Consonante. Clase de barba usada antiguamente. 2. Vocal. Con que se fabrican las armas blancas. 3. Consonante. Negación. Consonante. Consonante. 4. Vocal. Tratamiento familiar. 5. Vocal. Consonante. 6. Apócope de nada. Vocal. 7. Preposición inseparable. Sujeta. 8. Interjección. Moneda japonesa. 9. Mujer de la Alsacia.



Combinad las letras iniciales de las cosas dibujadas de forma que resulte el nombre de una población de España.

ROMBO

0
0 0 0
0 0 0 0
0 0
0 0

Cambiad los ceros por letras de forma que podais leer horizontal y verticalmente: 1. Consonante. 2. Del verbo ser. 3. Nombre de mujer. 4. Sujeto. 5. Vocal. M.

COLABORACIÓN de NUESTROS LECTORES

A LA DIVISIÓN AZUL

Por esas tierras lejanas caminan nuestros soldados peleando bravamente como españoles que son.

Desafían a la muerte como valientes que son; defienden ese blasón como españoles que son.

Por esos caminos van caminando hacia el honor, destruyendo al destructor como españoles que son.

Joaquín Parrilla
Madrid. 15 años.

EL TESORO DEL CASTILLO

Había una vez dos hermanos llamados Joaquín y Clarita; eran muy buenos y por eso sus papás les querían mucho.

—Clarita, ¿qué tiene mamá que está tan triste?—preguntó un día Joaquín a su hermana.

—No lo sé—respondió Clarita.

Los niños no lo sabían; era que como no tenían dinero para pagar la casa, les habían echado de ella. Se marcharon a vivir a un castillo, que aunque estaba destruido, tenía algunas habitaciones habitables. Cierta día Clara le dijo a su hermano:

—¿Por qué no hemos de salir de estas habitaciones? Vamos a ver lo que hay en el resto del castillo.

Así lo hicieron y fueron recorriéndolo todo—hasta llegar a un subterráneo, en el que encontraron una piedra levantada. Vieron que había una escalera y bajaron por ella; al llegar abajo, se encontraron en un cuarto lleno de cofres. Aunque con un poco de miedo, los niños empezaron a mirarlos y encontraron tres cofres de monedas de oro y piedras preciosas. Comunicaron el hallazgo a sus papás, los cuales con aquel dinero mandaron reconstruir el castillo y desde entonces vivieron en él felices y tranquilos y haciendo muchas obras de caridad.

Este fue el premio que recibieron esos niños por su aplicación, bondad y obediencia.

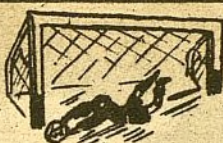
Mari-Carmen Montejo
Madrid. 13 años.



Antonio García
6 años.—Barcelona.



Francisco Martín
9 años.—Madrid.



Guillermo Rull
Quesada.



Eduardo Ostos
Yega.



Juan Aguilo
Linares.



Oscar Martínez
10 años.—Siles.



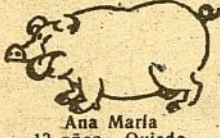
Concha Jubera
11 años.—Rentería.



Julio Martínez
12 años.



José Cisares
12 años.—Utrera.



Ana María
12 años.—Oviedo.



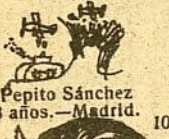
Ernesto Buendía
9 años.—Siles.



Marcos Aixut
San Ramón.



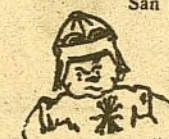
Amalia Serrano
Argamasilla.



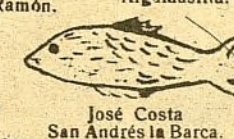
Pepito Sánchez
8 años.—Madrid.



Pedro Pérez
10 años.—Zaragoza.



Joaquín Ossorio
10 años.—Sevilla.



José Costa
San Andrés la Barca.



Pilar López
7 años.—Astorga.



Julio Hernández
15 años.—Málaga.



Benjamín Gurra
13 años.—Barcelona.



José Antonio Monje
7 años.—Burgos.



Victor Santos
12 años.—Madrid.

José Grinó
11 años.—Vinaroz.

BUZÓN

Josefina Moyano, que vive en calle Alférez Fernández Morales, 22. La Campana (Sevilla), desea correspondencia con niñas de 12 a 14 años.

Dolores Romero, Calvo Sotelo, n.º 9. La Campana (Sevilla), desea correspondencia con niñas de 13 a 14. Igualmente **Sete Rodríguez Ramos**, que vive en Calvo Sotelo, 14, La Campana (Sevilla).

Rosario Segura, Novelda (Alicante).—El cupón viene en la misma página de Colaboración y has de recortarle y enviarle acompañando al dibujo que hayas hecho. Sabrás que los niños nunca nos molestan, queri ya lectorita.

Viventina, (Valdepeñas).—Sentimos mucho que por error—falta involuntaria de imprenta—la a final de tu nombre se haya convertido en e ¿Eh? Escribe nos diciendo tu domicilio para volverte a poner el anuncio, adiós, simpática.

Leticia Milana, (Madrid).—No pasa nada, simpática niña, se publicarán tus trabajos cuando les llegue el turno.

Rosario Pérez Sabuero, Espada, 13, Verín (Orense), quiere correspondencia con lectoras o lectores de 15 años; ellas son dos amigas, Adelita Oterino y Rosario Pérez, y ya están esperando vuestra carta.

Jesús Laguna.—En un mismo sobre puedes mandar más de un dibujo si viene acompañado del cupón; del mismo autor sólo puedes mandar uno. Si el trabajo viene hecho como las bases mandan, irá a la «cola» de Colaboración Infantil. Los que vienen hechos a lápiz son los que van a la «cola» que espera entrar en nuestro cesto de papeles.

José Ángel Cordelo, que vive en calle Sevilla, número 5, desea correspondencia con niños de diez a doce años.

Alfonso Martínez, (Madrid).—Para que recibas los números atrasados que necesitas has de enviarnos el doble del importe de ellos en sellos de correo. Haz el favor de volver a decirnos qué números son los que quieres.

Rosita.—Dí a tu hermano Arturo, que paciencia, como es listo ya sabrá entender qué queremos decir, que:

Por ser bueno y aplicado, verá el dibujo publicado.



Enrique Torralba
Villa del Río.



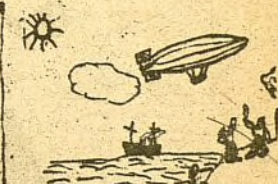
José Lozano
15 años.—Algeciras.



Macario García
14 años.—Segovia.



Gabriel Carbonell
Palma de Mallorca.



Javier Rius
11 años.—Flix.



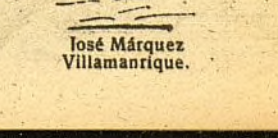
José Lapena
Barajas de Madrid.



Lucía Rodríguez
10 años.—Madrid.



Jaime Cufatell
San Ramón.



José Márquez
Villamanrique.

CHISTES

Un aldeano fué a una gran capital y quedóse admirado al ver el movimiento de las calles, la belleza de las grandes vías ciudadanas y sobre todo la riqueza de las tiendas y almacenes. Paróse delante de una casa de cambio, y, al no ver en el escaparate mas que monedas y billetes, penetró en el despacho; no había mas que unas butacas, una valla y una mesa de escritorio, detrás de la cual un dependiente leía un diario.

—Amigo, me parece que os habeis equivocado—dijo al ver al aldeano.

—¿Qué vendeis aquí?—contestó extrañado.

—¿Aquí?—dijo irónicamente el empleado, pues nada más que «cabezas de asno».

Quedóse al principio un poco cohibido el aldeano, ante tan poco amable respuesta; pero rehaciéndose muy pronto, le respondió sonriendo:

—Pues buena venta debeis de tener, porque ya veo que no os queda mas que una por vender.

—¿En qué piensas, que pareces enojada?

—¡Oh, no; en nada que valga la pena!

—¿No pensabas en mí?

—Pues sí; en tí pensaba.

—Pues como te seguía contando, al llegar a Rentería «bajemos» del tranvía.

—«Bajemos» hombres:

—Cállate, que tú no estabas.

Dos amigos hablan de un tercero, que ha tenido la apendicitis.

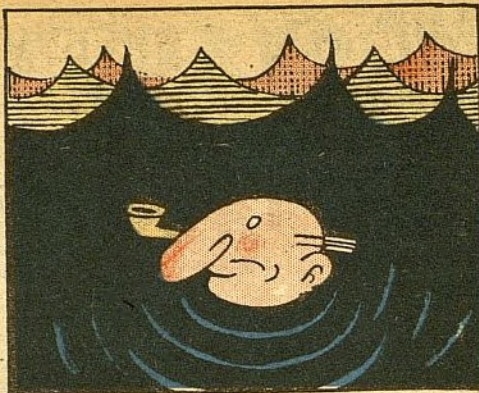
—¿Te acuerdas de fulano? Le han abierto el vientre.

—¿Sí? ¿Y qué le han sacado?

—Le han sacado... los cuartos.

Manuel Echarte

San Sebastián. 11 años.



Como consecuencia de uno de los innumerables naufragios a que he asistido como actor principal, me sucedió una zventurilla que no quiero pasar más tiempo sin contárosla. Como os decía, me encontraba luchando desesperadamente con las olas.



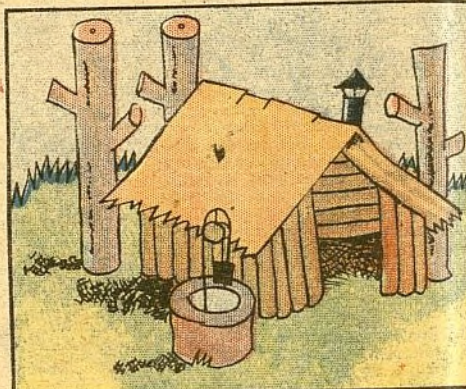
Llegué a una isla desierta, ya que desiertas son todas las islas que se encuentran después de naufragar y a no ser que se demuestre lo contrario. Puse pie en tierra firme con gran tranquilidad, como hombre acostumbrado desde jovencito a esas aventuras y a otras peores.



Tenía una sed que me abrasaba y aunque mi gusto hubiera sido tomar una caña de cerveza con cierta cantidad de aceitunas rellenas decidí buscar agua, que era lo más sensato. Un chorro de cristalina linfa apareció ante mi vista pero manando de un caño... ¡Quería una caña y encontraba un caño!



Estaba empezando a sospechar que aquella isla no era tan desierta como yo creía ya que el caño no se habría construido solo, cuando un leve ruido de hojas me hizo levantar la cabeza. Estaba ante mí una extraña criatura con un aire de Robinson que atufaba acompañado de una especie de cabrita.



Aquel caballero resultó amabilísimo. Me hizo los honores de la isla y me mostró su casita en cuyo interior tomamos un sucedáneo del café. Supe que la cabrita que le acompañaba era una llama. (Ahora es quería hacer un chisecito con el nombre del animal pero voy a dejarlo para mejor ocasión).



De palabra fácil y conversación amena, me habló largamente de Napoleón a quien conocía muy a fondo. Asimismo disertó sobre el neoclasicismo, las naranjas, la natación, las nubes, Nabucodonosor, las narices, el Nilo, el narciso, el mes de noviembre, Las Navas del Marqués, los nipones, etc., etc.



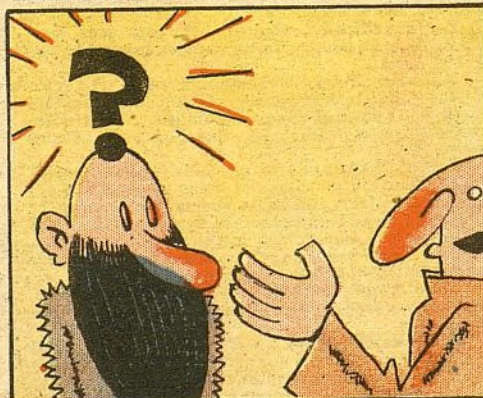
Encantado de sus palabras le empecé a hablar de astronomía. Muy asombrado noté que no respondía palabra y se limitaba a escuchar. Pensando que no le agradaba aquel tema di un giro a mi conversación y le hablé de escultura sin que diese ninguna muestra de entenderme.



Viendo que no parecía gustar de mis temas o por lo menos no los entendía, le hablé sucesivamente de diversas cosas: de ingeniería, música, medicina, arqueología... Extrañado de que un hombre, al parecer culto, no dijese «esa boca es mía», entendí de jar de tono.



Y hablé de caza, de vinos, de cuentos, de teatro, de tranvías, de lentejas... El resultado era el mismo. Hasta que al hablar por casualidad de numismática, los ojos de mi interlocutor se animaron y empezó una charla sobre el tema que duró dos horas, hablando de las monedas desde la prehistoria...



...hasta nuestros días. Entusiasmado con su charla intenté hablar de la imprenta y el hombre volvió a encerrarse en su mutismo. —«Pero cómo es posible» — exclamé sin poder contenerme — «que conozca unas materias tan a fondo y en cambio ignore las demás en absoluto?»



—«Muy sencillo» — respondió el Robinson. — «Yo llegué a esta isla a los diez años de edad. Todos mis conocimientos los debo a una enciclopedia que encontré un día en la playa... Pero por desgracia, solo un único tomo. ¡El de la letra N!»
(Texto y monos de Ardel)